

sefa al oído.—He aquí lo que es París, eso mismo he sido yo.

—Hecho—replicó el anciano levantándose y frotándose las manos.

Cuando Olimpia Bijou se hubo marchado, Josefa miró al barón con aire malicioso y le dijo:

—Papá, si no quieres tener disgustos, sé severo como un fiscal, y tenle corta la brida á la pequeña. Cuidado con los Augustos, con los Hipólitos, con los Néstores, porque una vez que se haya vestido bien y que esté bien alimentada, la niña será otra cosa. Voy á ver si acabo de arreglarte. El duque hace bien las cosas: te presta, es decir, te da diez mil francos y pone ocho en casa de su notario, el cual quedará encargado de darte seiscientos cada trimestre, porque yo te tengo miedo. ¿No soy buena?

—¡Adorable!

Diez días después de haber abandonado á su familia, en el momento en que ésta, arrasada en lágrimas, estaba agrupada en torno del lecho de Adelina moribunda, la cual decía con voz débil: «¿Qué hace?» Héctor, bajo el nombre de Thoul, se hallaba con Olimpia en la calle de Saint-Maur, al frente de un establecimiento de bordados, bajo la sinrazón social Thoul y Bijou.

CAPÍTULO XXXII

La espada de Damocles

Victorino Hulot recibió de la desgracia que se encarnizaba con su familia esa última lección que perfecciona ó desmoraliza al hombre. Se hizo perfecto. En las grandes tempestades de la vida, se imita á los capitanes que afrontan las tormentas aligerando de las más pesadas mercaderías al buque. El abogado perdió su orgullo interior, su visible aplomo, sus aires de orador y sus pretensiones políticas. En fin, que fué como hombre lo que su madre como mujer. Resolvió aceptar á su Celestina, que no realizaba ciertamente sus sueños, y juzgó sanamente la vida viendo que la ley común le obliga á uno á contentarse en todo con las aproximaciones. Le causó tanto horror la conducta de su padre, que se juró á sí mismo cumplir con sus deberes. Estos sen-

cimientos se fortificaron á la cabecera del lecho de su madre el día en que ésta quedó salvada. Esta primera dicha no vino sola. Claudio Vignon, que iba todos los días de parte del ministro á enterarse del estado de la señora Hulot, rogó al diputado reelegido que le acompañase á casa del príncipe de Wisembourg, diciéndole:

—Su Excelencia desea tener una conferencia con usted sobre asuntos de su familia.

Victorino Hulot y el ministro se conocían hacía ya tiempo; así es que el mariscal le recibió con su amabilidad característica y de buen augurio.

—Amigo mío—le dijo el viejo guerrero,—en este despacho juré á su tío el mariscal que cuidaría de su madre. Me han dicho que esa santa mujer va á recobrar la salud, y creo llegado el momento de curar sus llagas. Tengo doscientos mil francos para usted y voy á entregárselos.

El abogado hizo un gesto digno de su tío el mariscal.

—Tranquílcese usted—dijo el príncipe sonriéndose.—Es un fideicomiso. Mis días están contados, yo no estaré siempre aquí y le ruego que tome esta suma y que me reemplace en el seno de su familia. Puede usted servirse de ese dinero para pagar las hipotecas que gravan sobre su casa. Estos doscientos mil francos pertenecen á su madre y á su hermana. Si yo diese esta suma á la señora Hulot, su ceguera por su marido me haría temer que los dispase, y la intención de los que la dan es que sea el pan de la señora Hulot y de su hija, la condesa Steimbock. Usted es un hombre juicioso, digno hijo de su noble madre, y digno sobrino de mi amigo el mariscal. Querido amigo, no crea usted que no es aquí apreciado lo mismo que en otros sitios. Sea usted, pues, el ángel tutelar de su familia y acepte el legado de su tío el mío.

—Monseñor—dijo Hulot tomando la mano del ministro estrechándosela,—los hombres como usted saben que el agradecimiento de palabras no sirve nada, que el agradecimiento se prueba.

—Pruébeme usted el suyo—dijo el veterano.

—¿Qué es preciso hacer?

—Aceptar mis proposiciones—dijo el ministro.—Quieren nombrarle á usted abogado de lo Contencioso de guerra, abogado consultor de la prefectura de la policía y consejero de la lista civil. Estos tres cargos le darán á usted diez y

ocho mil francos de renta y no le privarán de su independencia. Votará usted en la cámara según sus opiniones políticas y su conciencia... Obrará usted con completa libertad ¡quién lo duda! ¡Aviados estaríamos si no tuviésemos oposición! Cuatro letras de su tío dirigidas á mi algunas horas antes de que exhalase el último suspiro, han bastado para que yo supiese la norma de mi conducta para con su madre, á quien tanto quería el mariscal. Las señoras Popinot, Rastignac, Navarreins, Spard, Grandlieu, Carigliano, Lenoncourt y La Batie han creado para su querida madre una plaza de inspectora de beneficencia. Estas presidentas de sociedades benéficas no pueden hacerlo todo, necesitan una dama de confianza que pueda suplirlas para visitar á los desgraciados, saber si la caridad está ó no bien hecha, ver si los socorros han sido entregados á los que los han pedido, penetrar en casa de los pobres vergonzantes, etc., etc. Su madre desempeñará la misión de un ángel, sólo se relacionará con los señores curas y con las damas de caridad y tendrá seis mil francos al año y coche. Joven, ya ve usted que desde el fondo de su tumba, el hombre puro, el hombre noblemente virtuoso, sigue protegiendo á su familia. Nombres como el de su tío son y deben ser una égida contra la desgracia en las sociedades bien organizadas. Siga usted, pues, las huellas de su tío, persista en ellas, pues yo sé que usted está.

—Príncipe, no me asombra tanta delicadeza en el amigo de mi tío—dijo Victorino;—procuraré responder á todas sus esperanzas.

—Vaya usted en seguida á consolar á su familia... ¡Ah! diga usted—repuso el príncipe cambiando un apretón de manos con Victorino,—¿es cierto que ha desaparecido su padre?

—¡Ay de mí! Sí.

—Tanto mejor. Ese desgraciado ha tenido lo que no le falta nunca, ingenio.

—Tiene encima unas letras de cambio que le amenazan.

—¡Ah! ya recibirá usted seis meses anticipados del sueldo de sus destinos—dijo el mariscal.—Esto le ayudará, sin duda, á retirar esos títulos de manos del usurero. Por otra parte, yo veré á Nucingen y tal vez podré desempeñar la paga de su padre sin que le cueste un céntimo ni á usted ni á mi ministerio. El par de Francia no ha hecho desaparecer

al banquero; Nucingen es insaciable, y pide una concesión de no sé qué.

A su vuelta á la calle Plumet, Victorino pudo, pues, realizar su proyecto, tomando en su casa á su madre y á su hermana. El joven y célebre abogado poseía por toda fortuna uno de los inmuebles más hermosos de París, una casa comprada en 1834, situada en el bulevar entre la calle de la Paz y la calle de Luis el Grande. Un especulador había construido dos casas, que daban una á la calle y otra al bulevar, y entre ellas, situado entre dos caminitos y unos patios, había un magnífico pabellón, despojo de los esplendores del gran palacio de Verneuil. Hulot hijo compró por un millón aquella soberbia propiedad, de cuyo importe pagó únicamente quinientos mil francos. En un principio se instaló en su piso bajo esperando que podría hacer el pago con el importe de los alquileres. Pero si las especulaciones con casas son en París seguras, en cambio son también lentas y caprichosas, pues dependen de circunstancias que no se pueden prever. Como han podido notar los callejeros parisienses, el bulevar comprendido entre la calle de Luis el Grande y la calle de la Paz, mejoró muy lentamente, y se limpió y se embelleció con tanto trabajo, que, hasta 1840, el comercio no fué á establecer allí sus espléndidos escaparates, el oro de los cambistas, los caprichos de la moda y el lujo desenfadado de sus tiendas. A pesar de los doscientos mil francos ofrecidos por Crevel á su hija en la época en que su amor propio se sentía halagado con aquel matrimonio, cuando el barón no le había robado aún á su Josefa; á pesar de los doscientos mil francos pagados por Victorino en siete años, la deuda que pesaba sobre el inmueble se elevaba aún á quinientos mil francos, á causa de la abnegación del hijo por el padre. Afortunadamente, la elevación continua de los alquileres y lo hermoso de la situación del edificio, daban en aquel momento todo su valor á las dos casas. La especulación se realizaba á ocho años de plazo, durante los cuales el abogado se había aniquilado pagando intereses y sumas insignificantes á cuenta del capital debido. Los comerciantes proponían ellos mismos ventajosos alquileres por las tiendas, á condición de que los alquileres fuesen por diez y ocho años. Las habitaciones adquirirían mayor valor á causa del cambio del centro de los negocios, el cual se fijaba entonces entre la Bolsa y la Magdalena, asiento que fué luego del poder poli-

tico y de la banca de París. La suma entregada por el ministro, unida al año pagado por adelantado y á las fianzas de los inquilinos, iban á reducir la deuda de Victorino á doscientos mil francos. Los dos inmuebles iban á dar unos cien mil francos anuales; de manera que al cabo de dos años, durante los cuales Hulot hijo tenía que vivir de sus honorarios y del sueldo de sus destinos, iba á encontrarse en una posición soberbia. Aquello era el maná caído del cielo. Victorino podía dar á su madre todo el primer piso del pabellón y á su hermana el segundo, donde Isabel tendría dos cuartos. En fin, dirigida por su prima Bel, aquella triple casa soportaría todas sus cargas y presentaría una superficie honrosa, cual convenia al célebre abogado. Los astros del Palacio se eclipsaban rápidamente, y Hulot hijo, dotado de profunda oratoria y de severa probidad, era escuchado por los jueces y por los consejeros, estudiaba los asuntos, no decía nada que no pudiese probar, no defendía indiferentemente todas las causas y honraba la toga.

Su casa de la calle Plumet era tan odiosa á la baronesa, que ésta se avino á trasladarse á la calle Luis el Grande. Gracias á los cuidados de su hijo, Adelina ocupó, pues, una magnífica habitación, y no tuvo que cuidarse de las nimiedades de la existencia, pues Isabel aceptó la misión de reanudar los milagros económicos realizados en casa de la señora de Marneffe, al ver así un medio de hacer pesar su sorda venganza sobre aquellas tres nobles existencias, objeto de un odio atizado por la pérdida de todas sus esperanzas. Una vez al mes, Bel iba á ver á Valeria, á cuya casa era enviada por Hortensia, que quería tener noticias de Wenceslao, y por Celestina, que estaba sumamente inquieta con las relaciones confesadas y reconocidas de su padre con una mujer á quien su suegra y su cuñada debían su ruina y su desgracia. Como se supondrá, Isabel se aprovechó de esta curiosidad para ver á Valeria con tanta frecuencia como quería.

Transcurrieron unos veinte meses, durante los cuales la salud de la baronesa mejoró mucho, sin que por eso cesase su temblor nervioso. La santa mujer se puso al corriente de sus deberes, los cuales ofrecían puras distracciones á su dolor y alimento á las nobles facultades de su alma, y vió en ellos un medio de encontrar á su marido con motivo de los azares que la conducían á todos los barrios de París. Durante este tiempo, las letras de cambio de Baubinet fueron

pagadas, y el retiro de diez mil francos que le correspondía al barón Hulot quedó casi libre. Victorino pagaba todos los gastos de su madre, así como los de Hortensia, con los intereses del capital que le había entregado el mariscal en fideicomiso. Ahora bien, cobrando Adelina seis mil francos, esta suma unida á los seis mil francos del barón, debían producir á la madre y á la hija una renta de doce mil francos libres de toda carga. La pobre mujer casi hubiera sido feliz, á no ser por perpetuas inquietudes acerca de la suerte del barón, á quien hubiera querido hacer gozar de la fortuna que empezaba á sonreír á la familia, y á no ser también por el espectáculo de su hija abandonada y por los terribles golpes que le daba *inocentemente* Isabel, cuyo carácter infernal pudo desarrollarse libremente.

Por otra parte, una escena que ocurrió á principios del mes de marzo de 1843, va á explicar los efectos producidos por el odio existente y latente de Isabel, ayudada por la señora de Marneffe. Dos grandes acontecimientos se habían realizado en casa de esta mujer. En primer lugar, había echado al mundo un hijo no viable, cuyo ataúd le valía dos mil francos de renta; y después, respecto al señor de Marneffe, he aquí la noticia que Isabel había dado á la familia once meses antes, al volver de una exploración hecha al palacio Marneffe.

—Esta mañana, esa horrible Valeria—había dicho la solterona—ha mandado llamar al doctor Bianchon para saber si no se engañaban los médicos que la víspera condenaron á su marido. Este doctor dijo que esta misma noche, aquel hombre inmundo pertenecerá al infierno que le espera. El padre Crevel y la señora Marneffe acompañaron al médico, al que su padre de usted, mi querida Celestina, le dió cien monedas de oro por esta buena noticia. Al volver al salón, Crevel ha tocado las castañuelas como un bailarín, y ha abrazado á aquella mujer diciéndole:—¡Ah! al fin serás la señora Crevel;—y cuando nos ha dejado solos para ir á ponerse á la cabecera del lecho de un marido que estaba en el estertor, su padre de usted me ha dicho á mí:—Con Valeria por mujer, llegaré á ser par de Francia. Compraré una tierra que me gusta, la tierra de Presles, que la señora de Serizy quiere vender, y seré Crevel de Presles, miembro del consejo general del Sena y Oise y diputado. ¡Tendré un hijo! En fin, seré todo lo que quiera ser.—¿Y su hija?—le

pregunté yo.—¡Bah! es una hija que se ha vuelto demasiado Hulot, y Valeria tiene horror á esa familia... Mi yerno no ha querido venir nunca aquí. ¿Por qué se las echa de mentor, de filántropo, de puritano? Además, yo he rendido cuentas á mi hija y ésta ha recibido ya doscientos mil francos más de los que le correspondían; de modo que puedo obrar á mi antojo. Juzgaré á mi yerno y á mi hija cuando me case, y según obren obraré. Si son buenos para su madrastra, ya veré. Yo soy hombre.—En fin, todas estas tonterías dichas en su postura napoleónica.

Los diez meses de viudez oficial ordenados por el código de Napoleón, habían expirado ya hacía algunos días. La tierra de Presles había sido ya comprada. Victorino y Celestina habían enviado aquella misma mañana á Isabel á buscar noticias á casa de la señora de Marneffe, acerca del matrimonio de esta encantadora viuda con el alcalde de París, que era ya miembro del consejo general del Sena y Oisse.

Celestina y Hortensia, cuyos lazos de afecto se habían estrechado al vivir bajo el mismo techo, estaban casi siempre juntas. La baronesa, llevada de un sentimiento de probidad que le hacía exagerar los deberes de su cargo, se sacrificaba en aras de la beneficencia, de la que era intermediaria, y salta todos los días, de once de la mañana á cinco de la tarde. Las dos cuñadas, unidas para cuidar á sus hijos, lo hacían en comunidad, permanecían juntas trabajando en casa y habían llegado á pensar en voz alta, ofreciendo la conmovedora armonía de dos hermanas, la una feliz y la otra melancólica. Hermosa, llena de desbordante vida, risueña y ocurrente, la hermana desgraciada parecía desmentir su situación real por medio de su exterior; mientras que la melancólica, amable y tranquila, pensativa y reflexiva habitualmente, hubiese hecho creer en la existencia de penas ocultas. Tal vez este contraste contribuía á su viva amistad. Aquellas dos mujeres se prestaban una á otra lo que les faltaba. Sentadas en un pequeño kiosco en medio de un jardinito, gozaban de la vista del nacimiento de las primeras lilas, fiesta primaveral que sólo es saboreada en toda su extensión en París, donde los parisienses viven seis meses en el mayor olvido de la vegetación, entre los muros de piedra en que se agita su océano humano.

—Celestina, creo que no sabes apreciar bastante tu dicha —decía Hortensia, respondiendo á una observación de su

cuñada que se quejaba de que su marido tuviese que estar en la cámara con tan buen tiempo.—Victorino es un ángel y tú á veces le atormentas.

—Querida mía, á los hombres les gusta ser atormentados. Ciertas triquiñuelas son una prueba de afecto. Si tu pobre madre hubiese sido más exigente, tal vez no hubieseis tenido que deplorar tantas desgracias.

—¡Isabel no vuelve! Voy á cantar la canción de Marlborough—dijo Hortensia.—¡Cuánto me tarda el tener noticias de Wenceslao! ¿De qué vivirá? En dos años no ha hecho nada.

—Victorino me ha dicho que lo vió el otro día con esa odiosa mujer, y supone que es ella la que le mantiene en la ociosidad. ¡Ah! Si tú quisieses, aun podrías atraer á tu marido.

Hortensia hizo con la cabeza un signo negativo.
—Créeme, tu situación no tardará en ser intolerable—dijo Celestina continuando.—En el primer momento, la cólera, la desesperación y la indignación, te han dado fuerzas. Después, las desgracias inauditas que han caído sobre nuestras familias: dos muertes, la ruina y la catástrofe del barón Hulot, ocuparon tu alma y tu corazón; pero ahora que vives en la calma y el silencio, no soportarás fácilmente el vacío de tu vida, y como tú no puedes ni quieres salir del terreno del honor, tendrás que reconciliarte con Wenceslao. Victorino, que te quiere tanto, es también de esta opinión. Hay algo más fuerte que nuestros sentimientos, y este algo es la naturaleza.

—¡Un hombre tan cobarde!—exclamó la altiva Hortensia.

—Quiere á esa mujer porque lo mantiene. ¿Habrá pagado ya tus deudas?... Ella... Dios mío, noche y día pienso en la situación de ese hombre.

—Mira á tu madre, amiga mía...—repuso Celestina. Celestina pertenecía á ese género de mujeres que cuando han escuchado razones suficientes para convencer al más terco, repiten por centésima vez su razonamiento primitivo. El carácter de su figura un poco vulgar, frío y común, sus cabellos de un castaño claro, el color de su tez, todo indicaba en ella á la mujer sin encantos, pero también sin debilidad.

—La baronesa bien desea estar al lado de su marido desmoronado para consolarle y ocultarlo en su corazón á todas

las miradas—dijo Celestina continuando.—Ha hecho arreglar allá arriba el cuarto del señor Hulot, cual si de un día á otro estuviese para llegar.

—¡Oh! Mi madre es sublime—respondió Hortensia,—es sublime á cada instante, todos los días, de veinte años acá; pero yo no tengo su temperamento... ¿Qué quieres? A veces me enfado conmigo misma. ¡Ah! Celestina, tú no sabes lo que es tener que pactar con la infamia.

—¿Y mi padre?—repuso tranquilamente Celestina.—Es indudable que está en la misma senda en que pereció el tuyo. Mi padre tiene diez años menos que el barón, ha sido comerciante, y Dios sabe cómo acabará. Esa señora Marneffe ha convertido á mi padre en su perrito, dispone de su fortuna y no hay medio de hacerle ver las cosas con claridad. En fin, tiemblo al pensar que se han publicado ya las proclamas. Mi marido intenta un esfuerzo y considera como un deber el vengar á la sociedad y la familia y el pedir cuenta á esa mujer de todos sus crímenes. ¡Ah! Hortensia querida, las almas nobles como la de Victorino, los corazones como los nuestros comprenden demasiado tarde el mundo y sus medios. Esto, hermana querida, es un secreto que te confío, porque te interesa; pero ni una palabra, ni un gesto que se lo revele á Isabel, á tu madre ni á nadie, porque...

—Aquí está Isabel—dijo Hortensia.—Buena prima, ¿cómo va el infierno de la calle de Barbet?

—Mal para vosotras, hijas mías. Mi buena, Hortensia, tu marido está más entusiasmado que nunca con esa mujer, la cual hay que confesar que tiene por él una pasión loca. Su padre de usted, mi querida Celestina, está completamente ciego por ella. Esto no es nada porque es lo que veo cada quince días, y verdaderamente me considero feliz de no haber conocido nunca á ningún hombre. Son verdaderos animales. Dentro de cinco días, Victorino y usted, querida mía, habrán perdido la fortuna de su padre.

—¿Se han publicado las proclamas?—preguntó Celestina.

—Sí—respondió Isabel.—Acabo de defenderos. Le dije á ese monstruo que sigue las mismas huellas que el otro, que, si quería sacaros del apuro en que estabais, desempeñando la casa, le ayudaríais agradecidos y recibiríais á vuestra suegra. Hortensia hizo un gesto de espanto.

—Victorino dará su opinión—respondió fríamente Celestina.

—¿Sabe usted lo que me contestó el señor alcalde?—respondió Isabel.—Me dijo que se alegraba de que estuvieseis apurados, porque á los caballos sólo se les doma por el hambre, la falta de sueño y el azúcar. El barón Hulot valía más que el señor Crevel; así es que, hijas mías, ya podéis poner os luto por la herencia. ¡Y qué fortuna! Su padre ha pagado los tres millones por la tierra de Presles y aun le quedan treinta mil francos de renta. ¡Oh! no tiene secretos para mí. Habla de comprar el palacio de Navarreins en la calle del Bac. La señora Marneffe posee, por su parte, cuarenta mil francos de renta. ¡Ah! Ahí está nuestro ángel guardián. Aquí está tu madre—exclamó al oír el rodar de un coche que se paraba.

En efecto, la baronesa no tardó en aparecer y en unirse al grupo de la familia. A los cincuenta y cinco años, agobiada por tantos dolores, temblando sin cesar, como si estuviese atacada de un temblor febril, Adelina, pálida y llena de arrugas, conservaba su hermoso talle, líneas correctas y su nobleza natural. Al verla, decía la gente: «Ha debido ser muy hermosa.» Devorada por la pena de ignorar la suerte de su marido y de no poder hacerle participar, en aquel oasis parisiense, en el retiro y la soledad, del bienestar de que su familia iba á gozar, ofrecía la suave majestad de las ruinas. A cada destello de esperanza frustrada, á cada indagación inútil, Adelina era presa de negras melancolías que desesperaban á sus hijos. La baronesa, que había salido por la mañana con una esperanza, era impacientemente esperada. Un teniente general, que debía su fortuna administrativa á Hulot, decía que había visto al barón en su palco del teatro del Ambigú Cómico, acompañado de una mujer dotada de espléndida hermosura. Adelina se dirigió á casa del barón de Bernier. Este alto funcionario, aunque afirmó que había visto á su antiguo protector y que la manera de estar con aquella mujer acusaba un matrimonio clandestino, acababa de decir á la señora Hulot que su marido, para evitar su encuentro, había salido mucho antes de terminar la función. —Estaba como un hombre en familia, y su porte denotaba miseria oculta—acabó diciendo.

—¿Qué hay?—preguntaron las tres mujeres á la baronesa.

—El señor Hulot está en París, y el saber que está cerca de nosotras es para mí ya un destello de dicha—respondió Adelina.

—Al parecer no se ha enmendado—dijo Isabel cuando Adelina acabó de contar su entrevista con el barón Bernier. —Se habrá liado con alguna obrera. Pero ¿de dónde sacará el dinero? Apuesto á que se lo pide á sus antiguas queridas, á la señorita Jenny Cadine ó á Josefa.

La baronesa sintió doblemente excitados sus nervios, se enjugó las lágrimas que acudieron á sus ojos, y fijando sus miradas dolorosamente en el cielo, dijo:

—No creo que un oficial de la legión de honor haya descendido tan bajo.

—¿Qué no haría él por darse gusto!—repuso Isabel.—Ha robado al Estado, y será capaz de robar á los particulares y tal vez asesinar.

—¡Oh! Isabel, guarda esos pensamientos para ti,—exclamó la baronesa.

En este momento Luisa se acercó al grupo formado por la familia, al cual se habían unido los dos pequeños Hulot y el pequeño Wenceslao para ver si los bolsillos de su abuela contenían golosinas.

—¿Qué hay, Luisa?—le interrogaron.

—Está ahí un hombre que pregunta por la señorita Fischer.

—¿Qué hombre es?—dijo Isabel.

—Señorita, está lleno de andrajos, tiene la nariz roja como un tomate, y apesta á vino y á aguardiente. Debe ser uno de esos obreros que trabajan media semana.

Esta descripción poco grata dió por resultado el que Isabel saliese al patio de la casa, hallando allí un hombre que fumaba en una pipa cuyo *culotage* anunciaba al fumador artista.

—¿Por qué viene usted aquí, padre Chardin?—le dijo.—Habíamos convenido en que estaría usted todos los primeros sábados de cada mes á la puerta del palacio Marneffe; he estado yo allí cerca de cinco horas, y usted no se presentó.

—He estado, mi respetable y caritativa señorita—respondió el colchonero;—pero había una gran partida en el café de los sabios, y cada uno tiene sus pasiones. La mía es el billar. A no ser por el billar, podría yo comer en platos de plata; pero fijese usted bien,—dijo sacando un papel del bolsillo de su desgarrado pantalón,—el billar trae las copitas de aguardiente... es ruinoso por los accesorios, como todas las cosas hermosas. Yo conozco la consigna, pero el viejo está

en un apuro tan grande, que me he atrevido á venir á terreno prohibido. He aquí el escrito que su estimable paciente... esa es su opinión política.

El padre Chardin hizo algunos zigzags en la atmósfera con el índice de su mano derecha.

Isabel, sin escuchar, leía estas dos líneas:

«Querida prima, sea usted mi providencia. Déme hoy mismo trescientos francos.

HÉCTOR.»

—¿Para qué quiere tanto dinero?

—¡El propietario!—dijo el padre Chardin, que seguía dibujando arabescos.—Además, mi hijo ha vuelto de Argelia por España y... no ha podido traer nada, contra su costumbre. Porque, crea usted, está hecho mi hijo una ficha. ¿Qué quiere usted? tiene hambre; pero nos devolverá lo que le prestemos, porque va á hacer una gorda, pues tiene ideas que pueden llevarle lejos.

—Sí, á la cárcel—repuso Isabel;—es el asesino de mi tío, y no lo olvidaré nunca.

—¿El sangrar á un pollo? Si no podría, respetable señorita.

—Bueno, aquí tiene trescientos francos—dijo Isabel, sacando quince monedas de oro del bolsillo,—váyase y no vuelva nunca más aquí.

Esto diciendo, acompañó al padre del guardaalmacén de viveres de Orán hasta la puerta, y una vez allí, le dijo al portero:

—Siempre que ese hombre venga, si por casualidad viene, no le deje entrar, y dígame que no estoy en casa. Si quisiese saber si el señor Hulot hijo, ó si la señora baronesa de Hulot viven aquí, le responderá usted que no conoce á estas personas.

—Está bien, señorita.

—Le va en ello su colocación, en caso de una torpeza, aunque sea involuntaria—le dijo la solterona á la portera.—Primo mío—le dijo al abogado que llegaba entonces,—está usted amenazado de una gran desgracia.

—¿Cuál?

—Dentro de algunos días, tendrá usted por suegra á la señora de Marneffe.

—Eso lo veremos—respondió Victorino.

Hacia ya medio año que Isabel pagaba todos los meses una pequeña pensión á su protector, el señor barón Hulot, del que á la sazón era la protectora. Bel conocía el secreto de su morada y saboreaba las lágrimas de Adelina, á la cual le solía decir, cuando la veía alegre ó esperanzada:—Espere usted ver algún día el nombre de mi primo entre el de los procesados.—En esto, como precedentemente, iba demasiado lejos en su venganza, tanto, que había despertado la prudencia de Victorino. Este había resuelto acabar con aquella espada de Damocles mostrada sinceramente por Isabel y con el demonio hembra á quien su madre y la familia debían tantas desgracias. El príncipe de Wisembourg, que conocía la conducta de la señora de Marneffe, apoyaba la empresa secreta del abogado y le había prometido la intervención secreta de la policía para instruir á Crevel y para salvar toda una fortuna de las garras de la diabólica cortesana, á quien no perdonaba ni la muerte del mariscal Hulot, ni la ruina total del Consejero de Estado.

CAPÍTULO XXXIII

Ángeles y diablos tomando parte en la misma acción

Las palabras «se lo pedirá á sus antiguas queridas», dichas por Isabel, ocuparon toda la noche á la baronesa. Como los enfermos condenados que se entregan á los charlatanes, como las gentes llegadas á la última esfera dantesca de la desesperación, ó como los ahogados que toman las estacas flotantes por amarras, Adelina acabó por creer cierta la bajeza cuya sola sospecha le había indignado, y se decidió á recurrir á alguna de aquellas odiosas mujeres. Al día siguiente por la mañana, sin consultar á sus hijos, sin decir una palabra á nadie, se fué á casa de la señorita Josefa Mirah, *prima donna* de la Academia real de música, á fin de realizar ó de ver desvanecida la esperanza que acababa de relucir como un fuego fatuo. A las doce del día, la camarera de la célebre cantante le entregaba la tarjeta de la baronesa Hulot, diciéndole que esta señora esperaba á la puerta, después de haberle preguntado si la señorita podía recibirle.

—¿Está arreglado el salón?

—Sí, señorita.

—¿Han sido renovadas las flores?

—Sí, señorita.

—Pues dile á Juan que dé un vistazo para que nada falte, antes de introducir á esa señora, y que procure tener con ella las mayores consideraciones. Anda y vuelve á vestirme, porque quiero estar lo más hermosa posible.

Y esto diciendo, fué á mirarse en su espejo, pensando:

—Acicalémonos. Es necesario que el vicio se presente armado ante la virtud. ¡Pobre mujer! ¿Qué me querrá?... Me conmueve el ver

¡De la desgracia á una augusta víctima!...

Acababa de cantar este célebre aire, cuando la camarera entró diciendo:

—Señora, esa dama parece presa de un temblor nervioso.

—Ofrécele agua de azahar, ron.

—Ya lo he hecho, señorita; pero lo ha rechazado todo, diciendo que era un pequeño ataque de los nervios.

—¿Dónde la habéis introducido?

—En el salón.

—Date prisa, hija mía, vamos, mis zapatillas más bonitas, la bata que me hizo Bijou, todos mis encajes. Hazme un peinado que asombre á una mujer. Esa señora representa un papel opuesto al mío. Que le digan á esa dama (porque es una gran dama, hija mía, ¡qué digo! es más aún, es lo que tú no serás nunca, es una mujer cuyas oraciones libran á las almas del purgatorio) que estoy en la cama, que representé ayer y que me estoy levantando.

La baronesa, introducida en el gran salón de la casa de Josefa, no notó el tiempo que había pasado allí, aunque había esperado media hora larga. Aquel salón, renovado ya desde la instalación de Josefa en aquel palacio, estaba cubierto de sederías color *massaca* y oro. El lujo que los grandes señores desplegaban antaño en sus casas, lujo del que quedan aún restos magníficos que justificaban su nombre, brillaba con la perfección debida á los medios modernos en las cuatro piezas abiertas, cuya agradable temperatura estaba regularmente mantenida por un calorífero de bocas invisibles. La baronesa, aturdida, examinaba todos aquellos objetos de arte con un asombro profundo y hallaba en ellos

la explicación de aquellas fortunas devoradas por el placer y la vanidad. Aquella mujer que hacía veintiséis años que vivía en medio de las frías reliquias del lujo imperial y cuyos ojos contemplaban alfombras de flores desteñidas, bronce desdorados, sederías marchitas como su corazón, entrevió el poder de las seducciones del vicio examinando sus resultados. No era posible dejar de envidiar aquellas hermosas cosas, aquellas admirables creaciones debidas á la producción europea y á los grandes artistas desconocidos que constituyen el París actual. Allí, todo sorprendía por la perfección de la cosa única. Habiendo sido rotos los modelos, las formas, las figuritas y las esculturas eran todas originales. Era aquella la última palabra del lujo moderno. Poseer cosas que no han sido vulgarizadas por dos mil burgueses opulentos que creen vivir con lujo adquiriendo esas riquezas que llenan los almacenes, es el sello del verdadero lujo, el lujo de los grandes señores modernos, estrellas efímeras del firmamento parisiense. Examinando jardineras llenas de las flores exóticas más raras, y guarnecidas de bronce grabados, la baronesa quedó espantada de las riquezas que contenía aquel salón. Necesariamente, este sentimiento tuvo que alcanzar á la persona en torno de la cual corrían á torrentes aquellas profusiones. Adelina pensó que Josefa Mirah, cuyo retrato se veía en el gabinete vecino, hecho por José Bridau, debía ser una cantante de genio, una Malibran, y sintió haber ido. Pero iba empujada por un sentimiento tan generoso, tan natural y tan poco egoísta, que procuró armarse de valor para sostener aquella conferencia. Por otra parte, iba á satisfacer su punzante deseo de estudiar el encanto que poseían aquella clase de mujeres para extraer tanto oro de los yacimientos avaros del suelo parisiense. Para saber si no formaba un contraste en medio de todo aquel lujo, la baronesa se miró al espejo, y pudo adquirir la certeza de que le sentaba admirablemente lo mismo su traje que su sombrero de terciopelo. Al verse aún imponente como una reina, es decir, siempre reina aunque aniquilada, pensó que la nobleza de la desgracia valía tanto como la nobleza del talento. Después de haber oído abrir y cerrar varias puertas, notó al fin la presencia de Josefa. La cantante se parecía á la Judit de Alloris, grabada en el recuerdo de todos los que la han visto en el palacio Pitti al lado de la puerta de un gran salón: la misma postura altiva, el mismo rostro sublime, cabellos negros y

rizados, y una bata de casa amarilla con flores bordadas, semejante en un todo al brocado que viste la inmortal homérica creada por el sobrino del Bronzino.

—Señora baronesa, el honor que usted me hace viniendo á mi casa me confunde—dijo la cantante, que se había prometido desempeñar bien el papel de gran dama.

Dicho esto, Josefa ofreció un sofá á la baronesa y tomó también asiento. La cantante notó la marchita belleza de aquella mujer, sintió lástima al verla agitada por aquel temblor nervioso que se hacía convulso á la menor emoción, leyó con una sola mirada aquella vida santa que Hulot y Crevel le describían antaño, y no sólo abandonó la idea de luchar con aquella mujer, sino que comprendiendo su grandeza, se humilló ante ella. La sublime artista admiró aquello mismo que había servido de burla á la cortesana.

—Señorita, vengo empujada por la desesperación, que le hace á una recurrir á todos los medios.

Un gesto de Josefa hizo comprender á la baronesa que acababa de herir á aquella de quien tanto esperaba; y entonces Adelina miró á la artista. Aquella mirada llena de súplicas extinguió la llama de los ojos de Josefa, la cual acabó por sonreír. Fué esto, entre aquellas dos mujeres, un diálogo suado dotado de horrible elocuencia.

—Hace ya dos años y medio que el señor Hulot dejó á su familia, é ignoro dónde está, aunque sé que habita en París—repuso la baronesa con voz emocionada.—Un sueño me ha sugerido la idea, absurda tal vez, de que usted debió interesarse por el señor Hulot. Si pudiese usted hacer que yo volviese á verle, ¡ah, señorita! mientras yo viviese rogaría á Dios por usted todos los días.

Dos gruesas lágrimas, que brotaron de los ojos de la cantante, anunciaron su respuesta.

—Señora—dijo con acento de profunda humildad,—le he hecho daño sin conocerla; pero ahora que al verla he tenido el honor de conocer á la mayor imagen de la virtud que hay en la tierra, créame que comprendo todo el alcance de mi falta y que siento un verdadero arrepentimiento; así es que estoy dispuesta á hacerlo todo para repararla.

Y esto diciendo, sin que la baronesa pudiese oponerse, la cantante le tomó una mano, se la besó de la manera más respetuosa, y se rebajó hasta el punto de hincar una rodilla en tierra. Después se levantó altiva como cuando entraba

en escena representando el papel Matilde, y llamó para decirle á su ayuda de cámara:

—Tome usted un caballo, revíentelo si es preciso, vaya á buscar á la pequeña Bijou á la calle de Saint-Maur del Temple, y tráigamela en coche, dándole al cochero una buena propina para que venga al galope. No pierda usted un minuto... ó le despacho. Señora—dijo encarándose con la baronesa y hablándole con el mayor respeto,—debe usted perdonarme. Tan pronto como tuve por protector al duque de Herouville, despedí al barón, porque sabía que estaba arruinando por mí á su familia. ¿Qué más podía hacer? En la carrera del teatro todas necesitamos un protector cuando empezamos. Nuestro sueldo no basta para sufragar la mitad de los gastos, y por eso nos procuramos maridos temporeros... Yo no quería al señor Hulot, que me hizo abandonar á un hombre rico, á un animal vanidoso. Seguramente que el padre Crevel se hubiera casado conmigo.

—El mismo me lo ha dicho—dijo la baronesa interrumpiendo á la cantante.

—¿Lo ve usted, señora? de ese modo, yo sería hoy una mujer honrada, tendría un marido legal.

—Señorita, tiene usted excusas, y Dios las apreciará—dijo la baronesa.—Pero yo, lejos de hacerle reproches, he venido, por el contrario, á contraer con usted una deuda de agradecimiento.

—Señora, pronto hará tres años que yo sostengo al señor barón...

—¿Usted?—exclamó la baronesa llorando.—¡Ah! ¿qué puedo yo hacer por usted? Sólo puedo rogar...

—Yo y el señor duque de Herouville, un noble corazón, un verdadero hidalgo—repuso la cantante.

Y acto seguido, Josefa le contó la llegada y el concubinato del padre Thoul.

—De modo, señorita, que, gracias á usted, mi marido no ha carecido de nada—dijo la baronesa.

—Señora, hicimos lo que le he dicho.

—¿Y dónde está ahora?

—Hace unos seis meses que el señor duque me dijo que el barón, á quien su notario conoce por el nombre de Thoul, había agotado los ocho mil francos que debían ser entregados por partidas iguales de tres en tres meses—respondió Josefa.—Ni yo ni el señor Herouville hemos oído hablar más

del barón. Nuestra vida está tan ocupada, tan llena de acontecimientos, que no he tenido tiempo para pensar en el padre Thoul. Además, hace seis meses que Bijou, mi bordadora, me... ¿cómo diré yo?

—Su querida—dijo la señora Hulot.

—Su querida—repitió Josefa—no ha venido aquí. Muy bien puede haber ocurrido que la señorita Olimpia Bijou se haya divorciado, pues el divorcio es muy frecuente en nuestra clase.

Josefa se levantó, fué recorriendo las flores raras de sus jardineras é hizo un delicioso ramillete á la baronesa, cuya decepción fué grande. Al igual que las gentes que toman á los genios por especies de monstruos que comen, beben, andan y hablan de distinto modo que los demás hombres, la baronesa esperaba ver á Josefa la fascinadora, á Josefa la cantante, la cortesana insinuante y amorosa; y se encontraba con una mujer tranquila y sosegada que poseía la nobleza de su talento, la sencillez de una actriz que sabe que sólo reina por la noche, y la sinceridad de la muchacha, que con sus miradas, su actitud y sus modales tributaba un pleno homenaje á la mujer virtuosa, á la *Mater dolorosa* del limno santo.

—Señora, ahora viene la madre de la Bijou—se presentó á decir el ayuda de cámara al cabo de una hora;—pero lo que es con la pequeña Olimpia me parece que no debe usted contar. La bordadora de la señora se ha vuelto señora de casa, se ha casado.

—¿Por detrás de la iglesia?—preguntó Josefa.

—No, señora, se ha casado de veras. Está al frente de un magnífico establecimiento. Se ha casado con el propietario de un almacén de novedades, donde se han gastado millones, en el bulevar de los Italianos, y ha dejado su establecimiento de bordados á sus hermanas y á su madre. Se llama hoy señora Grenouville. Este gran negociante...

—¡Un Crevell!

—Sí, señora—dijo el criado.—Le ha reconocido treinta mil francos de renta en el contrato de matrimonio, y, según se dice, su hermana mayor va á casarse con un rico carnicero.

—Su negocio me parece que va mal—dijo la cantante á la baronesa.—El señor barón no está ya donde yo le dejé. Diez minutos después, anunciaron á la señora Bijou. Por

prudencia, Josefa hizo pasar á la baronesa á su gabinete, echando la cortina.

—La intimidaría usted, y sabiendo que está usted interesada, no diría nada de lo que deseamos saber. Déjeme usted confesarla—dijo la cantante á la baronesa.—Ocúltese aquí y lo podrá oír todo. Esta escena se representa con tanta frecuencia en la vida como en el teatro. ¡Hola! madre Bijou—dijo la cantante á una vieja que llevaba un traje de tartán y que parecía una portera endomingada,—¿conque ya son ustedes felices? Al parecer, su hija ha tenido suerte.

—¡Oh! felices. Mi hija nos da cien francos mensuales, y ella va en coche, come en servicios de plata y es millonaria. Olimpia bien podía haberme librado de penas. ¿Es algún plato de gusto tener que trabajar á mi edad?

—Hace mal esa ingrata, porque á usted le debe su belleza—repuso Josefa;—pero ¿por qué no ha venido á verme? Yo fui la que la saqué de apuros casándola con mi tío.

—Sí, señora, el padre Thoul; pero está muy viejo y muy cascado.

—¿Qué han hecho ustedes de él? ¿Está en su casa? Hizo mal en dejarlo, porque hoy es millonario.

—¡Ah! ¡Dios de Dios!—dijo la madre Bijou.—¿Cree usted que no se lo decíamos cuando se portaba mal con el pobre viejo que era la amabilidad en persona? ¡Ah!—no sabe usted lo que le hacía rabiar! Señora, Olimpia ha sido pervertida.

—¿Cómo?

—Señora, conoció á un pillastre, al sobrino de un colchonero del arrabal Saint-Marceau, que es un holgazán como todos los mozos guapos, la peste del bulevar del Temple, que almuerza por la mañana y se pasa luego el día bebiendo licores y jugando al billar. ¿Acaso es esto una profesión? como le decía yo á Olimpia.

—Sí, desgraciadamente es una profesión—dijo Josefa.

—En fin, señora, Olimpia estaba loca por ese muchacho que tenía muy malas compañías, tan malas que estuvo á punto de ser preso en la taberna adonde van los ladrones. El se comió todo el dinero que el señor Thoul le daba á la pequeña. El establecimiento iba muy mal. Todo lo que se ganaba con los bordados iba al billar. Señora, ese chico tenía una hermana muy bonita que hacía mala vida en el barrio de los estudiantes.

—Sí, de entretenida—dijo Josefa.

—Eso, señora—dijo la madre Bijou.—Idamoro, nombre de guerra suyo, pues su nombre verdadero es Chardin, Idamoro supuso que su tío debía tener más dinero del que decían, y su hermana Elodia, sin que mi hija lo sospechase fué enviada por él á nuestra casa como obrera. ¡Dios de Dios! ¡Los líos que ella armó! Pervirtió á todas aquellas pobres muchachas, que se han vuelto malvadas, é hizo tanto que logró conquistar al padre Thoul y se lo llevó no sabemos donde, lo cual nos ha puesto en un gran apuro á causa de las letras. Aun hoy estamos sin poder pagar... Cuando Idamoro vió al viejo en su poder por mediación de su hermana, plantó á mi hija por una primera corista de los Funámbulos, y de esto provino su matrimonio, como va usted á ver.

—Pero ¿no sabe usted dónde vive el colchonero?—preguntó Josefa.

—¿El viejo padre Chardin? ¿Se llama acaso vivir á lo que él hace? Está borracho desde las seis de la mañana, hace un colchón al mes y se pasa el día en las tabernas y en los billares.

—¿Cómo vive?

—Del billar; es un gran jugador, y con lo que gana bebe.

—Pero Idamoro trabaja en el teatro del boulevard, y dirigiéndose á mi amigo Braulard, lo encontraremos.

—Señora, no sé, porque estos acontecimientos ocurrieron hace ya seis meses. Idamoro es uno de esos muchachos llamados á ir á la cárcel, de aquí á Melún, y después...

—A presidio—dijo Josefa.

—¡Ah! veo que la señora lo sabe todo—dijo la madre Bijou sonriéndose.—Si mi hija no hubiese conocido á ese pilla, sería... De todos modos, me dirá usted que ha tenido mucha suerte, por que el señor Grenouville se enamoró y se casó.

—¿Y cómo se hizo ese matrimonio?

—A causa de la desesperación de Olimpia, señora. Cuando se vió abandonada por la corista, á quien dió una paliza soberana, y cuando se vió sin el padre Thoul, que la adoraba, quiso renunciar á los hombres. Por aquella época, el señor Grenouville, que iba á comprar mucho á nuestra casa, quiso consolarla; pero ella, cierto ó no, no quiso oír nada á no ser en la alcaldía ó en la iglesia. «Quiero ser honrada ó perecer»

ré», y cumplió su palabra. El señor Grenouille consintió en casarse con ella con la condición de que renunciase á nosotros, y nosotros lo hemos consentido.

—¿Mediante una prima?—dijo la perspicaz Josefa.

—Sí, señora, diez mil francos, y una renta á mi padre que no puede ya trabajar.

—Yo rogué á su hija que hiciese feliz al padre Thoul, y ella lo ha sumido en el lodo. Nunca más me interesaré por nadie. Eso no está bien. Esto es lo que resulta de entregarse á la beneficencia. Decididamente la beneficencia no es como la especulación. ¡No venir siquiera á decirme nada Olimpia, de todos esos cambios! Si encuentra usted al padre Thoul antes de quince días, le daré mil francos.

—Mi buena señora, la cosa es muy difícil; pero en mil francos hay muchos duros, y yo voy á procurar ganar ese dinero.

—Adiós, señora Bijou.

Al entrar en su gabinete la cantante encontró á la señora Hulot completamente desmayada; pero á pesar de haber perdido los sentidos, el temblor nervioso continuaba, agitándose como se agitan aún los trozos de una culebra cortada. Algunas sales fuertes, un poco de agua fresca y las demás cosas de costumbre, volvieron la vida á la baronesa, ó mejor dicho, volviéronle el sentimiento de sus dolores.

—¡Ah señorita! ¡hasta dónde ha caído!—exclamó al reconocer á la cantante y ver que estaba sola con ella.

—Tenga usted valor, señora—respondió Josefa, que se había arrodillado en un cojín á los pies de la baronesa y le besaba las manos,—ya lo encontraremos, y si está en el fango, ya se salvará. Créame, para las personas bien educadas, esto es cuestión de hábitos... Permítame reparar mis culpas, porque al ver que ha venido aquí, comprendo que aún quiere á su marido á pesar de su conducta... ¡Diantre! á ese pobre hombre le gustan las mujeres, y si usted hubiera tenido un poco de nuestro arte, le hubiera usted impedido corretear, por que hubiera usted sido lo que nosotras sabemos ser: todas las mujeres para un hombre. El gobierno debía crear una escuela de gimnasia para las mujeres honradas. Pero los gobiernos no piensan en nada, porque están formados por las mismas gentes á quienes nosotras manejamos. Yo compadezco á los pueblos... Pero ahora se trata de trabajar para usted y no de reir. Señora, váyase usted á casa, esté usted

tranquila y no se atormente, que yo le volveré á su Héctor como era hace treinta años.

—¡Oh! señorita, vamos á casa de esa señora Grenouille—dijo la baronesa.—Ella debe saber algo y tal vez podré ver hoy al señor Hulot y podré arrancarle inmediatamente de la vergüenza y de la miseria en que vive.

—Señora, empezaré por demostrarle el agradecimiento profundo que le tengo por el honor que me ha hecho, haciendo que nadie vea á la cantante Josefa, á la querida del duque de Herouville, al lado de la imagen más hermosa y más santa de la virtud. La respeto á usted demasiado para presentarme en ningún sitio acompañada de usted. Y no tome usted esto por humildad de cómica, sino por homenaje que le rindo. Señora, usted me hace arrepentirme de no haber seguido su senda, á pesar de las espinas que ensangrientan sus manos y sus pies; pero ¿qué quiere usted? yo pertenezco al arte como usted pertenece á la virtud.

—¡Pobre joven!—dijo la baronesa conmovida.—Yo rogaré por usted, porque veo que es usted víctima de la sociedad que necesita espectáculos. Cuando empiece usted á ser vieja, haga penitencia y será perdonada, si Dios se digna escuchar las plegarias de una...

—De una mártir, señora—dijo Josefa besando respetuosamente la falda de la baronesa.

Pero Adelina tomó la mano de la cantante, la atrajo hacia sí y la besó en la frente. Roja de placer la cantante, acompañó á Adelina hasta su coche, haciendo las demostraciones más serviles.

—Debe ser alguna dama de caridad—dijo el criado á la camarera, porque con nadie se muestra tan amable, ni aun con su amiga Jeny Cadine.

—Señora, espere usted algunos días y lo verá, ó renegaré del Dios de mis padres, lo cual, siendo judía como soy, ya ve usted que es prometerle mucho.

En el momento en que la baronesa entraba en casa de Josefa, Victorino recibía en su despacho á una vieja de unos setenta y cinco años, la cual, para lograr que el célebre abogado la recibiese, había usado del terrible nombre del jefe de la policía. El criado anunció:

—La señora de Saint-Esteve.

—He usado de uno de mis nombres de guerra—dijo la vieja sentándose.

Victorino sintió frío en las venas al ver aquella espantosa vieja. Aunque iba ricamente vestida, causaba espanto por los signos de fría maldad que ofrecía su cara vulgar horriblemente arrugada, blanca y musculosa. Marat, de mujer y á aquella edad, hubiese sido como la Saint-Esteve, la imagen animada del terror. Aquella vieja siniestra denotaba en sus ojillos pálidos la avidez sanguinaria de los tigres. Su nariz aplastada, cuyas fosas agrandadas parecían despedir el fuego del infierno, recordaba el pico de los peores pájaros de presa. El genio de la intriga parecía tener su asiento en su frente baja y cruel. Los pelos de su barba que brotaban al azar en todos los huecos de su cara, anunciaban la virilidad de todos sus proyectos. El que hubiese visto á aquella mujer, hubiese creído que los pintores no habían sabido representar bien á Mefistófeles.

—Mi querido señor—le dijo con tono protector,—hace mucho tiempo que no me dedico á nada, y lo que voy á hacer por usted va á ser por consideración á mi querido sobrino, á quien quiero más que si fuese mi hijo... Ahora bien, el prefecto de policía, á quien el presidente del consejo dijo dos palabras al oído referentes á usted, ha conferenciado con el señor Chapuzot, y ambos han acordado que la policía no debía figurar para nada en un negocio de este género.

—¿Es usted tía de...?

—Ha acertado usted y me siento orgullosa de ello—añadió cortando la palabra al abogado,—porque es discípulo mío, pero un discípulo que no tardó en convertirse en maestro. Hemos estudiado su asunto y lo hemos juzgado ya. ¿Da usted treinta mil francos si le dejamos libre de todo esto? Yo le arreglo á usted las cosas y no tendrá que pagar hasta que el negocio esté hecho.

—¿Conoce usted las personas?

—No, mi querido señor, espero sus informes. Nos han dicho que hay un viejo que está en manos de una viuda y que esa viuda, de 29 años, sabe tan bien su oficio de ladrona, que tiene ya cuarenta mil francos de renta sacados á dos padres de familia, y que está á punto de tragarse ochenta mil francos de renta, casándose con un hombre de sesenta y un años. Arruinará la viuda á toda una familia honrada, y dará toda esa fortuna al hijo de algún amante, desembarazándose de su anciano marido. ¿Es este el problema?

—El mismo—dijo Victorino.—Mi suegro, el señor Crevel...

—¿Antiguo perfumista, un alcalde? Sí, yo vivo en su distrito bajo el nombre de señora Nourrison—respondió la vieja.

—La otra persona es la señora Marneffe.

—No la conozco—dijo la señora Saint-Esteve,—pero dentro de tres días podré decirle á usted hasta las camisas que tiene.

—¿Podría usted impedir el matrimonio?

—¿En qué estado se halla?

—En la segunda proclama.

—Sería preciso secuestrar á la mujer. Hoy es domingo y no quedan más que tres días, porque se casarán el miércoles. Es imposible. Pero podríamos matarla.

Al oír estas tres palabras dichas con gran sangre fría, Victorino Hulot no pudo menos que dar un salto sobre el asiento, y dijo:

—¡Asesinos! ¿Y cómo se las compondría usted?

—Señor, hace ya cuarenta años que reemplazamos al destino y que hacemos en París todo lo que queremos—respondió la vieja con un orgullo formidable.—¡Uy! más de una familia del arrabal Saint-Germain me ha puesto al tanto de sus secretos. He concluído y he roto muchos matrimonios, he anulado muchos testamentos y he salvado muchas honras. Llevo aquí—dijo señalándose la frente,—un montón de secretos que me valen treinta y seis mil francos de renta, y usted será uno de mis corderos. ¿Sería lo que soy, una mujer como yo, si dijese los medios que empleo? Yo obro. Mi querido señor, todo lo que yo haga será obra de la casualidad, y usted no tendrá el más mínimo remordimiento. Le ocurrirá á usted como á las gentes que curan los sonámbulos, las cuales, al cabo de un mes, achacan por completo su curación á la naturaleza.

Victorino sintió que su cuerpo se cubría de un sudor frío. El aspecto del verdugo no le hubiera espantado tanto como el de aquella sentenciosa y pretensiosa bruja, cuyo vestido de color de vino le pareció empapado en sangre.

—Señora, si el éxito ha de costar la vida á nadie y si se ha de realizar el más insignificante crimen, renuncio al auxilio de su experiencia y de su actividad.

—Señor, es usted un chiquillo—respondió la señora Saint-Esteve,—quiere usted permanecer probo y honrado á sus propios ojos, cuando en realidad ansía usted vivamente que su enemigo sucumba.

Victorino hizo con la cabeza un signo negativo.

—Sí—repuso la vieja,—usted quiere que esa señora Marneffe abandone la presa que tiene entre los dientes; pero dígame: ¿cómo haría usted para que un tigre soltase un pedazo de carne? ¿pasándole la mano por el lomo y diciéndole: *mono, mono?* No es usted lógico. Usted ordena que se realice un combate y no quiere que haya heridas. Está bien, yo voy á hacerle merced de esa inocencia que tanto anhela. Siempre he visto en la honradez la máscara de la hipocresía. Dentro de seis meses, vendrá un día un sacerdote á pedirle cuarenta mil francos para una obra pia, para un convento arruinado en el desierto, y si está usted contento de su suerte, déle al cura los cuarenta mil francos, lo cual no será nada comparado con lo que usted recolectará.

Dicho esto, se irguió sobre sus pies tan anchos y tan gruesos, que la carne parecía querer brotar de los zapatos; saludó sonriéndose y se retiró.

—El diablo tiene una hermana—dijo Victorino levantándose.

Y acompañó á aquella horrible desconocida, evocada de los antros del espionaje y surgida como surge un monstruo de las tablas de la ópera al golpe de varita dado por una hada. Después de haber acabado sus negocios en la Audiencia, Victorino se fué á casa del señor Chapuzot, jefe de uno de los servicios más importantes de la policía, á fin de pedirle informes acerca de aquella desconocida. Al ver solo al señor Chapuzot en su despacho, Victorino le dió las gracias por su concurso, y después le dijo:

—Me ha enviado usted á una mujer que podría servir para personificar á la ciudad de París, desde el punto de vista criminal.

El señor Chapuzot colocó los lentes sobre los papeles, y miró al abogado con asombro.

—Yo no me hubiera nunca permitido enviarle á nadie sin advertírselo antes ó sin darle por lo menos una carta de recomendación.

—Entonces, acaso haya sido el señor prefecto.

—No lo creo—dijo Chapuzot.—La última vez que el príncipe de Wissembourg comió en casa del ministro de la Gobernación, vió al señor prefecto y le habló de la situación en que usted estaba, una situación deplorable, y le preguntó si podía auxiliarle amistosamente. El señor prefecto,

vivamente interesado á causa del afán con que Su Excelencia le recomendó este asunto de familia, tuvo la complacencia de consultarme respecto á este punto. Desde que el señor prefecto tomó las riendas de este ramo de la administración tan calumniado y tan útil, se ha propuesto no intervenir para nada en asuntos de familia. En principio y como moral ha tenido razón; pero en realidad ha hecho mal. Desde 1799 á 1815, y en los cuarenta y cinco años en que yo figuré en ella, la policía ha prestado inmensos servicios á las familias. Desde 1820, la prensa y el gobierno constitucional han cambiado por completo las condiciones de nuestra existencia; así es que yo le aconsejé que no se ocupase de semejante asunto, y el señor prefecto ha tenido la bondad de seguir mi consejo. El jefe de policía de seguridad recibió la orden delante de mí de no seguir adelante, y si ha recibido usted á alguien de su parte, yo le reprenderé. Esa falta podrá ser motivo para una destitución. Se dice muy pronto: «la policía hará esto». ¡La policía! ¡La policía! Pero, señor mío, el mariscal y el Consejo de ministros ignoran lo que es la policía. Sólo la policía se conoce á sí misma. Los reyes Napoleón, Luis XVIII, sabían los negocios de la suya; pero los de la nuestra sólo Fouché, el señor Lenoir, el señor Sartines y algunos prefectos de talento la han conocido. Hoy todo ha cambiado. Hemos quedado empequeñecidos, desarmados. Yo he visto ocurrir muchas desgracias privadas que hubiesen sido evitadas con cinco escrúpulos de arbitrariedad. Seremos echados de menos por los mismos que nos han aniquilado, cuando se encuentren como usted ante ciertas monstruosidades morales que sería preciso corregir como se corrige el crimen. En política la policía puede prevenirlo todo tratándose de la salvación pública; pero la familia ha de ser sagrada para ella. Yo lo haría todo para descubrir é impedir un atentado contra la vida del rey. Lograría que fuesen transparentes los muros de una casa; pero ir á meterme en los hogares, en los intereses privados, nunca, porque temo...

—¿A quién?

—A la prensa, señor diputado del centro izquierdo.

—¿Qué debo hacer?—dijo Hulot después de una pausa.

—Usted representa á la familia, conque, obre como le parezca; pero ¿es posible que yo le ayude, que yo convierta la policía en un instrumento de las pasiones y de los intereses privados? Mire usted, ahí está el secreto de la persecución

necesaria, que los magistrados juzgaron ilegal, dirigida contra el predecesor de nuestro jefe actual de seguridad. Bibi-Lupin empleaba la policía para servir á los particulares. Esto ocultaba un inmenso peligro social. Con los medios de que disponía aquel hombre hubiese sido formidable.

—Bueno, ¿qué haría usted en mi lugar?—le dijo Hulot.

—¡Oh! ¿me pide una consulta siendo usted el que las vende?—replicó el señor Chapuzot.—Vamos, señor mío, no se burle usted de mí.

Hulot saludó al jefe de división, y se fué sin notar el imperceptible movimiento de hombros que hizo el funcionario cuando se levantó para acompañarlo.

—¡Y este quiere ser un hombre de Estado!—se dijo el señor Chapuzot, disponiéndose á reanudar su trabajo.

Victorino volvió á su casa en medio de sus dudas y sin poder comunicárselas á nadie. A la hora de la comida, la baronesa anunció alegremente á sus hijos que antes de un mes, su padre podría participar de su desahogo y acabar apaciblemente sus días entre su familia.

—¡Ah! de buena gana daría mis tres mil seiscientos francos de renta por ver al barón aquí—exclamó Isabel.—Pero, mi buena Adelina, no te apresures á concebir tamaños goces, te lo ruego.

—Isabel tiene razón—dijo Celestina.—Mamá querida, espere usted los acontecimientos.

La baronesa, todo corazón, todo esperanza, contó su visita á Josefa, juzgó desgraciadas á todas las entretenidas en medio de su dicha, y habló del colchonero Chardin, padre del guardaalmacén de Orán, demostrando así que no se entregaba á una falsa esperanza.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, Isabel estaba en un coche, en el muelle de la Tournelle, en el ángulo de la calle de Poisi, y le decía al cochero:

—Vaya usted á la calle de los Bernardinos, número siete, que es una casa con pasillo y sin portero. Suba usted al cuarto piso, llame á la puerta de la izquierda, en la que leerá usted un letrero que dice: «Señorita Chardin, obrera de encajes y de cachemires.» Saldrán á abrirle y entonces preguntará usted por el *caballero*. Le responderán que ha salido, y entonces usted contestará «ya lo sé», pero búsquele, porque su *criada* está en un coche en el muelle y desea verle.

Veinte minutos después, un anciano que parecía tener

ochenta años, con los cabellos completamente blancos, nariz enrojecida por el frío, cara pálida y arrugada como una vieja, de reposado paso, encorvado, con zapatillas, levita vieja y camisa de un color amarillo inquietante, se presentó tímidamente, miró al coche, reconoció á Isabel, y se aproximó á la portezuela.

—¡Ah! querido primo mío, ¿en qué estado está usted!

—Elodia se lo guarda todo para sí—dijo el barón Hulot.

—Estos Chardin son unos canallas asquerosos.

—¿Quiere usted volver á nuestro lado?

—¡Oh! no, no—respondió el anciano.—Desearía irme á América.

—Adelina ha hallado huellas tuyas.

—¡Ah! si se pudiesen pagar mis deudas—repuso el barón con acento de desconfianza.—Porque Samanon me persigue.

—Aun no hemos pagado los atrasos, y su hijo debe aún cien mil francos.

—¡Pobre muchacho!

—Su pensión no quedará libre hasta dentro de seis ó siete meses. Si quiere usted esperar, yo traigo aquí dos mil francos.

El barón tendió la mano con espantosa avidez, y dijo:

—Trae, Isabel, que Dios te recompense; dámelos, que yo sabré adonde ir.

—Pero ¿me lo dirá usted, viejo monstruo?

—Sí. Puedo esperar estos ocho meses, porque he descubierto un angelito, una buena criatura, una inocente que no tiene aún bastantes años para estar depravada.

—Piense usted en la cárcel—dijo Isabel, que acariciaba la idea de ver allí algún día á Hulot.

—Es en la calle de Charona—dijo el barón Hulot.—Un barrio donde todo ocurre sin escándalo. ¡Oh! nunca podrán encontrarme. Isabel, me he disfrazado de padre Thorec, me tomarán por un antiguo ebanista, la pequeña me ama y yo ya no me dejaré explotar.

—Está bien—dijo Isabel.—¿Y si yo le acompañase á usted allí, primo?

El barón subió al coche abandonando á la señorita Elodia, sin decirle adiós, como el que arroja una novela después de haberla leído.

Media hora después, durante la cual el barón de Hulot no habló de otra cosa más que de Atala Judix, pues había

llegado por grados esa espantosa pasión que aniquila á los ancianos, su prima lo dejó provisto de dos mil francos, en la calle de Charona, en el arrabal de San Antonio, á la puerta de una casa de sospechosa y amenazadora fachada.

—Adiós, primo, desde ahora serás el padre Thoul ¿verdad? No me envíes más que recaderos y ten la precaución de tomarlos siempre en lugares diferentes.

—Convenido. ¡Oh! ¡qué feliz soy!—dijo el barón, cuyo rostro se puso alegre ante la idea de disfrutar una nueva y futura dicha.

—Ahí no le encontrarán—se dijo Isabel despidiendo al coche en el bulevar de Beaumarchais, desde el cual se fué en ómnibus hasta la calle de Luis el Grande.

CAPITULO XXXIV

La venganza persiguiendo á Valeria

Al día siguiente, Crevel fué anunciado en casa de sus hijos, en el momento en que toda la familia estaba en el salón después del almuerzo. Celestina corrió á arrojarle al cuello de su padre y lo trató como si lo hubiese visto la vispera, siendo así que aquella era la primera visita que les hacía después de dos años.

—Buenos días, padre mío—dijo Victorino tendiéndole la mano.

—Buenos días, hijos míos—dijo el importante Crevel.—Señora baronesa, me pongo á los pies de usted. ¡Dios mío, como crecen estos niños! ¡Estos nos empujan y parecen decirme: «abuelo, yo también quiero un puesto en el sol.» Señora condesa, usted sigue estando admirablemente hermosa—añadió mirando á Hortensia;—y aquí está el resto, mi prima Bel, la virgen juiciosa. Pero ¡si están ustedes todos muy bien aquí!—dijo haciendo una pausa, después de haber dirigido estas frases á cada uno acompañadas de grandes carcajadas que removían difícilmente las rubicundas masas de su ancha cara.

Luego miró el salón de su hija con una especie de desprecio, y le dijo:

—Mi querida Celestina, te doy todo mi mobiliario de la

calle de Saussayes, el cual estará muy bien aquí. Tu salón necesita ser renovado... ¡Ah! aquí está ese pillastre de Wenceslao. ¿Qué hay, hijos míos, somos juiciosos? Es preciso tener moralidad.

—Sí, por los que no la tienen—dijo Isabel.

—Mi querida Isabel, ese sarcasmo no me concierne. Hijos míos, voy á poner término á la falsa posición en que me encontraba hace ya tiempo, y como padre de familia vengo á anunciaros sencillamente mi matrimonio.

—Tiene usted perfecto derecho á casarse—dijo Victorino;—y, por mi parte, le devuelvo la palabra que me dió al concederme la mano de mi querida Celestina.

—¿Qué palabra?—preguntó Crevel.

—La de no casarse—respondió el abogado.—Usted me hará el favor de confesar que yo no le exigía ese compromiso y que usted lo adquirió á pesar mío, porque en aquella época recuerdo perfectamente que le advertí que no debía usted comprometerse de ese modo.

—Sí, me acuerdo, amigo mío—dijo Crevel avergonzado.—Y mirad, hijos míos, si vosotros quisieseis vivir bien con la señora Crevel, no os arrepentirías. Victorino, su delicadeza de usted me conmueve, y nadie es impunemente generoso conmigo. Vaya, ¡qué demonio! acoged bien á vuestra suegra, venid á mi casamiento.

—Padre mío, aun no nos ha dicho usted quién es la novia—dijo Celestina.

—Ese es el secreto de la comedia—repuso Crevel.—Pero vaya, no juguemos al escondite. Isabel ha debido decirlo.

—Mi querido señor Crevel—replicó la baronesa;—hay nombres que no pueden ser pronunciados aquí.

—Bueno, es la señora de Marneffe.

—Señor Crevel—respondió severamente el abogado,—ni mi mujer ni yo asistiremos á esa boda, no por motivos de interés, pues acabo de hablarle con sinceridad. Sí, yo celebraría que fuese usted feliz con esa unión, pero me veo movido en esta ocasión por motivos de delicadeza y de honor que puede usted comprender y que yo no puedo expresar, porque abrirían heridas que están sangrando aún.

La baronesa hizo una seña á la condesa, y ésta, tomando á su hijo en brazos, dijo:

—Wenceslao, vamos á tomar el baño. Adiós, señor Crevel.

La baronesa saludó á Crevel en silencio, y éste no pudo